

La producción de emociones en el discurso político

Las técnicas retóricas de Bush y Obama*

*Ekkehard Eggs***

En este artículo se revisa la puesta en escena de las emociones en los discursos políticos de los presidentes de Estados Unidos George W. Bush y Barack Obama hasta mayo de 2009. Sobre la base de la idea, desarrollada por primera vez por Aristóteles en su *Retórica*, de que el discurso público es una unidad del *logos*, *ethos* y *pathos*, demostramos, por un lado, la estrecha relación entre el contenido y la forma del discurso político (*logos*) y, por el otro, las formas de organizar el *ethos*, las emociones (*pathos*) en los discursos de dos políticos.

George Bush y la estrategia del *salvador*

EL DISCURSO DE BUSH se caracteriza por seguir una *estrategia del salvador*. Lo que implica en primer lugar que Bush muestra (o debería mostrar), la existencia de un peligro inminente y, en segundo lugar, que es capaz de eliminar este mal. El primer aspecto implica la emoción del *miedo*, el segundo la de la *confianza*. De modo que la justificación de la guerra de Irak por Bush se puede considerar como un traslado literal de las definiciones del miedo y la confianza en la *Retórica* de Aristóteles:

Sea el miedo cierta pena o turbación que resulta de la imaginación de un mal inminente, dañoso o afflictivo; porque no todas las cosas malas se temen [...] sino cuantas puedan conllevar grandes penalidades o daños, y aun esto

* Versión sintética en español.

** Profesor de lingüística, Universidad de Hanover, Alemania [eggs@rose.uni-hannover.de].

no, si parece lejano, sino tan sólo si parece cercano [...] Así pues, si esto es el medio, es necesario que sean temibles aquellas cosas que parecen poseer una gran capacidad de destruir o de causar daños, que tiendan con fuerza a una gran tristeza. Por eso son también temibles las señales de tales cosas; porque lo temible parece estar cercano [...] Y es también temible la injusticia que tiene poder; ya que por la decisión premeditada, es injusto el injusto (Aristóteles, 1954:II:5:1382a:21).

La confianza es evidentemente lo contrario al miedo:

[...] de manera que la confianza es una expectación acompañada de la imaginación de que están cerca las cosas salvadoras y de que las cosas temibles o no existen o están lejos. Son cosas que infunden confianza el que las cosas temibles estén lejos y que estén cerca las que anuncian la salvación [...] También son confiados los que piensan poseer más y mayores cosas que aquellas por cuya posesión vienen a ser los hombres temibles; tales cosas son la gran cantidad de riquezas, la fuerza corporal, los amigos, las posesiones territoriales, los elementos dispuestos para la guerra, o de todas clases o de los más importantes (Aristóteles, *Retórica*, II:5).

Estos elementos de la evocación simultánea del miedo y de la confianza se encuentran en todos los discursos de Bush sobre el régimen de Saddam Hussein y la guerra contra Irak. Tomemos, por ejemplo, su discurso del 19 de marzo de 2003 emitido al comienzo de dicha guerra:

El pueblo de los Estados Unidos y nuestros amigos y aliados no vivirán a la merced de un régimen al margen de la ley que amenaza la paz con armas de destrucción masiva. Enfrentaremos esa amenaza ahora, con nuestro Ejército, Fuerza Aérea, Armada, Servicio de Guardacostas e Infantería de Marina, para que luego no tengamos que enfrentarla con ejércitos de bomberos, policías y médicos en las calles de nuestras ciudades [<http://bit.ly/iBjS4e>].

En este fragmento se ubica la legitimación principal de la guerra contra Irak: la posesión de armas de destrucción masiva por parte de Saddam Hussein –como es sabido, una información falsa y engañosa. Sin embargo, esta información se utiliza aquí, en el nivel discursivo y retórico, para demostrar –siguiendo a Aristóteles– el peligro inminente: Saddam está a punto de atacarnos “en las calles de nuestras ciudades”. Esta alusión tiene,

al mismo tiempo, la función connotativa y persuasiva de recordar el trauma estadounidense provocado por el 11 de septiembre de 2001.

Nuestro análisis muestra que Bush utiliza básicamente cuatro tipos de argumentos para despertar el miedo y para legitimar la guerra contra Irak: (1) las armas de destrucción masiva, (2) el tratamiento inhumano y criminal de la población iraquí por Saddam Hussein, (3) el apoyo al terrorismo internacional (eje del mal), (4) Saddam Hussein es el dictador más brutal del mundo.

El cuarto punto se refiere a un aspecto esencial y estereotipado del discurso político de Bush: la *personalización* y la *satanización* del adversario. Y este aspecto se refleja también en su discurso del 19 de marzo de 2003:

En este conflicto, Estados Unidos enfrenta a un enemigo que no tiene respeto alguno por las convenciones de guerra o las reglas de la moral. Saddam Hussein ha colocado tropas y equipo iraquíes en zonas civiles en un intento por usar hombres, mujeres y niños inocentes como escudos para sus propias fuerzas armadas: una atrocidad final contra su pueblo.

Saddam Hussein no sólo no respeta los derechos humanos, sino es también la encarnación del mal –ese es el mensaje repetido una y mil veces por Bush y su gobierno para evocar el miedo, incluso el temor.

Esta caracterización del adversario se magnifica por la personalización de la función misma de presidente. La oposición es clara y simple: si Saddam representa la encarnación del *ethos malo y reprochable*, Bush se presenta a sí mismo como presidente y líder con un *ethos bueno y elogiabile*. No obstante, aun cuando Bush es formalmente comandante supremo de las fuerzas armadas estadounidenses, se comporta, en términos retóricos, como un *capitán* que por una parte ve a sus soldados en un plano de igualdad, pero en cambio no puede admitir cualquier crítica a sus decisiones y a su persona. En breve, Bush es un tipo normal como tú y yo, y él es el capitán que nos lleva a la victoria y la prosperidad: es el tipo normal que exige disciplina y no tolera ninguna crítica. Precisamente esta es una característica sobresaliente de la *retórica populista* de Bush, lo que también explica su fuerza persuasiva y su éxito retórico en los estadounidenses comunes y corrientes.

Nuestro análisis también muestra que esta retórica populista se opone a la *retórica burocrática* de Paul Wolfowitz, un neoconservador fuertemente influenciado por los escritos y las enseñanzas de Leo Strauss en Chicago y

líder intelectual de los *neocon* (neoconservadores y ultraconservadores) que tuvo, desde su puesto de secretario de Defensa adjunto en el Pentágono, una influencia determinante sobre la concepción de la política exterior y la doctrina de la Administración Bush. En efecto, la Doctrina Bush de la Guerra Preventiva fue desarrollada por Wolfowitz. Esta doctrina se basa, en última instancia, en el dogma ideológico de la misión histórica de Estados Unidos: defender la unidad de la civilización occidental (y mundial) y garantizar así –si fuera necesario con el recurso a las armas– la hegemonía de Estados Unidos. Si bien Wolfowitz ha desarrollado la *lógica* de la política estratégica de Bush, su retórica burocrática carece de dos aspectos esenciales de la retórica política: la puesta en escena del *pathos* y del *ethos*. Bush, en cambio, ha logrado integrar estas emociones y estas actitudes personales y éticas del estadounidense promedio y típico en su retórica populista –de ahí su éxito.

Pero no debemos olvidar que esta retórica integra primordialmente una visión del mundo *religioso*, que es a fin de cuentas *maniquea*. Esto implica, en el discurso de Bush, no sólo metáforas o imágenes históricas de la luz y de la oscuridad, del cielo y del infierno y otras metáforas tomadas de la Biblia. En particular, en los discursos que hacen referencia al 11 de septiembre de 2001 hay abundantes referencias y alusiones religiosas. Así, en su *Mensaje a la Nación del 11 S*, Bush se refiere explícitamente al Salmo 23: “Aunque camine por el valle de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno; porque Tú estás conmigo”. Y en su posterior *Mensaje al Congreso* del 20 de septiembre de 2001 leemos:

Se nos ha hecho mucho daño. Hemos sufrido una gran pérdida. Y en nuestra aflicción e ira, hemos encontrado nuestra misión y nuestro momento. La libertad y el temor están en guerra. El progreso de la libertad humana –el gran logro de nuestros tiempos, y la gran esperanza de todos los tiempos– ahora depende de nosotros [...] El curso de este conflicto no se sabe, pero su desenlace es cierto. La libertad y el temor, la justicia y la crueldad siempre han estado en guerra, y sabemos que Dios no es neutral en esta batalla [<http://1.usa.gov/iqRr11>].

Aquí, una vez más, Bush juega virtuosamente con la retórica de las emociones, que esta vez es presentada por medio de dicotomías éticas y emocionales entre la libertad y el temor así como entre la justicia y la crueldad,

donde su misión es asegurar la victoria del bien. La libertad y el temor, la justicia y la crueldad se presentan aquí no sólo en un maniqueísmo indisoluble, sino también actúan como *alegorías*. Por lo tanto, está claro que, en la visión del mundo de Bush, que el maniqueísmo religioso se enlaza con un maniqueísmo histórico-político: la historia es determinada por una lucha entre el bien y el mal, entre lo divino y lo diabólico, y este mal existe en nuestro mundo en forma de un eje del mal que está conformado principalmente por Corea del Norte, Irán e Irak y, sobre todo, por los terroristas de Al Qaeda. Nuestro estudio muestra que no es suficiente insistir sobre la influencia de la Iglesia, especialmente de los bautistas, en el pensamiento y en el discurso de Bush. Es necesario hablar de una “confluencia de la fe religiosa y la política conservadora” (Coe y Domke, 2006), o incluso de una *consustancialidad* (Bailey, 2008). Esta consustancialidad se refleja en el hecho que Bush relata (en su autobiografía *A Charge to Keep*, 1999) la historia retóricamente bien elaborada y estilizada de su conversión en la que revela cómo fue capaz de deshacerse de sus problemas de alcohol –por analogía con el relato de conversión de San Pablo– y encontró la verdadera fe en Dios, una experiencia que fortaleció su convicción de que Dios le había elegido para la presidencia.

Con las referencias y otras alusiones directas e indirectas a la Biblia, este relato de su conversión “paulina” constituye sin duda un elemento importante de la fuerza de persuasión del discurso de Bush. Esta fuerza se debe a que estos elementos se refieren a patrones culturales y sociales colectivos y arquetípicos, es decir, a un nivel profundo del entendimiento y de la construcción cultural del mundo. Esto incluye, por supuesto, la estrategia del salvador. Y, como Bush evoca con esta estrategia al mismo tiempo las emociones básicas de miedo y de confianza, el convencimiento nacerá en los estadounidenses comunes y corrientes de forma casi automática.

Esto se debe a que el estilo de habla de Bush se caracteriza por una *retórica coloquial*. Un aspecto notable es que su vocabulario y su sintaxis, especialmente en situaciones de improvisación discursiva, como en conferencias de prensa, se caracteriza por una *sencillez coloquial* que asegura que es entendida por el estadounidense promedio, y es precisamente por esta razón que es capaz de persuadir a sus oyentes con facilidad. Esto corresponde exactamente con su autopresentación como un tipo normal. Por consiguiente, Bush habla un lenguaje coloquial, el vocabulario y la sintaxis son simples; sus comparaciones, analogías o metáforas (que son muy frecuentes) provienen de áreas de la

experiencia cotidiana, y –sin duda lo más importante– sus connotaciones y referencias implícitas e indirectas son fáciles de entender para los “iniciados”: nosotros, los verdaderos americanos, sabemos y entendemos lo que no se dice abiertamente. Esto es la base de una técnica retórica populista típica en Bush: el *argumento de acuerdo tácito*. Todo esto explica que el discurso de Bush es extremadamente repetitivo, Bush no desarrolla sus argumentos ni justifica sus tesis de forma explícita y sistemática: se trata de un discurso de densidad connotativa que dice mucho sin decirlo todo explícitamente.

Todo este complejo lingüístico y retórico se puede ilustrar mediante el siguiente ejemplo:

[...] tenemos una tarea que cumplir –al igual que los agricultores y ganaderos y propietarios de negocios y trabajadores de la fábrica tienen tareas que realizar. Mi administración tiene tareas que cumplir, y las vamos a llevar a cabo. Vamos a librar al mundo de los malvados. Vamos a llamar a las personas que defienden la libertad para combatir al terrorismo [<http://bit.ly/mT49UK>].

La retórica clásica de Obama: figuras y estructuras argumentativas

Ciertamente, en los *discursos de Obama* la repetición, especialmente el uso de una estructura triádica (tricolon), es un rasgo estilístico dominante, es decir, unidades de tres partes iguales (palabras, frases u oraciones). Podemos encontrar dos tríadas en el discurso de la victoria de Obama el 8 de noviembre de 2008:

El camino será largo [...] Habrá retrocesos y falsos comienzos. Hay muchos que no estarán de acuerdo con cada decisión o política que yo haga como presidente. Y sabemos que el gobierno no puede resolver todos los problemas. Pero (1) siempre seré honesto con vosotros sobre los retos a los que nos enfrentamos. (2) Os escucharé, especialmente cuando no estemos de acuerdo. Y, sobre todo, (3) os pediré que os unáis al trabajo de rehacer esta nación, de la única forma en que se ha hecho en América durante 221 años –(i) bloque a bloque, (ii) ladrillo a ladrillo, (iii) de mano encallecida a mano encallecida [<http://bit.ly/kbcAJP>] (numeración mía).

Una mirada a los valores transmitidos utilizando estas estructuras de repetición muestra que no es una cuestión puramente estilística, sino más bien

se trata de aspectos esenciales de la política de Obama: *apertura, honestidad, disposición para el trabajo en equipo*. Estos aspectos se abordan de manera explícita, a diferencia de Bush, y no se insinúan a través de asociaciones implícitas.

Nuestra contribución describe estas características en la forma y el contenido propias de un modo de hablar abierto y bien construido en un análisis detallado de un discurso de Obama contra la guerra en Irak (2 de octubre de 2002) —un verdadero despliegue retórico de la repetición y la variación que en última instancia está basado en el *principio* de la retórica clásica de *la variación de lo idéntico*. Pero el uso de este principio por Obama —en contraste con el uso de Bush— no sólo se caracteriza por una estructura más compleja y más clara, sino que también evita todas las insinuaciones típicas de Bush; lo que implica que los discursos de Obama difieren de las estructuras tautológicas de Bush básicamente en su desarrollo argumentativo. Hemos demostrado esto en un análisis detallado de un discurso más extenso, el *Discurso ante la Sesión Conjunta del Congreso* (martes 24 de febrero de 2009). En esta sesión conjunta todos los presidentes tienen que presentar su programa al inicio de su mandato. Este discurso está claramente estructurado, presenta pocos elementos recursivos y al mismo tiempo exhibe una combinación inteligente del *logos*, del *ethos* y del *pathos*; un discurso que nunca da la impresión de algo teatral o patético y que es muy similar a un discurso deliberativo clásico. El discurso completo y especialmente la parte relativa a la salud comunican una verdadera competencia profesional, juicio y la honesta intención de llevar a cabo una reforma de los servicios de salud.

Como se puede ver en el video de dicha intervención, Obama recibió prolongadas ovaciones de pie, en repetidas ocasiones, es decir suscitó arrebatos de sentimientos favorables, y eso no sólo por el hecho de que supo hacer uso, aunque de una manera tranquila y discreta, de una pronunciación y entonación emocional, así como de sus expresiones faciales y gestos. Este arrebato emocional sin duda nació también por el hecho de que un discurso elaborado y artístico produce placer y goce —una convicción profundamente arraigada en la retórica clásica. El punto esencial parece ser, sin embargo, que el discurso de Obama es capaz de transmitir con precisión lo que había anunciado en repetidas ocasiones: *la esperanza*, incluso *la confianza* en la realización de su proyecto. Esto mismo lo expresó en una forma resumida en un comentario del 3 de enero de 2008:

La esperanza, la esperanza es lo que me ha conducido hasta aquí, con un padre de Kenia y una madre de Kansas y una historia que sólo podría ocurrir en los Estados Unidos de América. La esperanza es el cimiento de este país, la creencia de que nuestro destino no será escrito para nosotros, sino por nosotros; por todos los hombres y mujeres que no se conforman con el mundo tal como es, sino que tienen el coraje de rehacerlo tal como debería ser [<http://bit.ly/l0mpNB>].

Respecto de este *Cambio en el que podemos creer* (*Change. We Can Believe in*), que es también el título de una colección de sus discursos (2008), Obama ha subrayado reiteradamente dicha necesidad en múltiples discursos y, sobre todo, lo ha justificado a un nivel más general y fundamental en su libro *La audacia de la esperanza* (*The Audacity of Hope*, 2006). En lo que se refiere al nivel económico, Obama fue capaz de presentarse, con este programa de la esperanza, en sintonía con los problemas económicos y sociales candentes de la clase media estadounidense, lo que le permitió crear una reserva de *empatía* y una conexión emocional con esta amplia franja del electorado. *Empatía y esperanza* expresan los sentimientos de Obama hacia su público. Y cuando Obama habla sobre la injusticia social, entonces no expresa compasión sino *indignación*, y en la revelación de los errores políticos o delitos cometidos por la administración Bush no despierta la ira o la rabia, sino igualmente la *indignación*. Del mismo modo, ajenos a él son los sentimientos “directos y cálidos”, como el afecto espontáneo o disgusto, en pocas palabras: Obama expresa y despierta solamente emociones a un nivel elevado y sublime. Esto está plenamente de acuerdo con su teoría de la esperanza. Aristóteles no se ocupa sistemáticamente de la esperanza, pero se puede deducir de su *Retórica* y su *Ética* que él considera que la esperanza es una disposición *ética*. En el cristianismo, la esperanza (además de la fe y el amor) ha sido considerada como *una virtud cristiana esencial*, es decir, una disposición ética valiosa. Es sólo a partir del Renacimiento que la esperanza ha sido tratada como una *pasión*. Si adoptamos la definición de Hobbes de la esperanza –el apetito (o aspiración), acompañado de una certeza en lograrla–, la concepción de la esperanza de Obama se puede definir de la siguiente manera: es una aspiración para una buena vida basada en una opinión o teoría razonable. Esto es exactamente lo que Obama está tratando de transmitir a sus conciudadanos. Pero esto también significa que todo el mundo puede y debe tomar su destino en sus

propias manos, en la medida que esto sea objetivamente posible. Esta forma de *confianza* es radicalmente diferente de la confianza “pasiva” transmitida por Bush porque surge de la sensación de que el presidente y su equipo pueden protegerlos contra la amenaza que plantea el terrorismo internacional.

Puesto que la audacia de la esperanza está íntimamente ligada a la religión cristiana, no es sorprendente que Obama se haya dado cuenta pronto de que los demócratas sólo podían ganar a los republicanos, el “partido cristiano”, si se abrían al cristianismo. Obama también hizo su experiencia de conversión. Fue a partir de 1985, mientras Obama trabajaba en Chicago como organizador comunitario, que empezó a asistir a la *Iglesia de Cristo de la Trinidad Unida*, una iglesia afroamericana que compartía sus valores sociales y morales. Obama fue bautizado en 1988:

Fue a causa de estos entendimientos recién descubiertos —que el compromiso religioso no exigía que dejara de pensar de forma crítica ni que me desentendiera de la batalla por la justicia social y económica ni que me retirara del mundo de ninguna otra forma— que finalmente fui capaz de caminar un día por el pasillo central de la *Trinity United Church of Christ* para ser bautizado. *Surgió como una opción y no una epifanía*; y las preguntas que tenía no desaparecieron por arte de magia [...] sentí el espíritu de Dios llamándome. *Me sometí a su voluntad, y me dediqué a descubrir su verdad* (Obama, *The Audacity of Hope*, 2006:246).

Este relato a menudo ha sido descrito como la narrativa de conversión de Obama y equiparado con la narrativa de Bush. Aparte del hecho de que no es una conversión, esta equiparación de las dos narrativas oscurece la diferencia esencial entre ellas: la vivencia surgió como una opción y no una epifanía, Obama no fue elegido por Dios sino que optó por el bautismo cristiano por su propia voluntad y después de una deliberación personal. No fue una epifanía, sino más bien una señal de Dios. No es Dios quien revela su verdad, es Obama quien se empeñó en descubrir la verdad de Dios.

Según M.S. Winters (2009), Obama es en última instancia el representante de otra iglesia. Es una iglesia que tiene sacerdotes y sigue el credo común —católicos, episcopales (anglicanos) y luteranos. Al otro lado existen las iglesias evangélicas, donde el predicador elige sus textos, por lo general epístolas paulinas o lecturas de las Escrituras del Antiguo Testamento. Bush, quien

tiene la retórica y el estilo de un predicador evangélico, pertenece al segundo grupo. Obama, por el contrario, se encuentra en la tradición de una retórica política específica de Estados Unidos, “una combinación de liberalismo de la Ilustración con la corriente principal del cristianismo” (Winters, 2009). Sin duda, esta retórica tiene tres componentes: convocar, enseñar y presidir. Sin embargo, a nuestro parecer, la retórica de Obama es diferente en el segundo punto: Obama no enseña sino *argumenta*. Su argumentación no es ni didáctica ni dogmática, sino *deliberativa*.

Dado que el 4 de noviembre de 2008 Barack Obama ganó las elecciones presidenciales, su retórica deliberativa de la esperanza fue un gran éxito. Sin duda también porque fue capaz –casi como una estrella mediática– de tomar ventaja de los medios de comunicación modernos. No obstante, en nuestra investigación concluida en junio de 2009, hemos formulado la hipótesis de que la necesidad de mantener la integridad y el papel internacional de los Estados Unidos convertirá poco a poco la audacia de la esperanza en una rutina patriótica. Ahora debemos añadir que cualquier retórica de la esperanza llega a su límite cuando los problemas económicos hacen que sea imposible realizar todas las reformas deseadas o mejorar la situación económica de la gente común, por ejemplo los ciudadanos de pequeñas ciudades duramente castigados por la crisis –una franja significativa del electorado de Obama. Y, sobre todo, si existe un movimiento ultraconservador –como el *Tea Party*–, que hace oír su voz mediante una fuerza manipuladora y difamatoria utilizando un lenguaje exagerado. Pero no olvidamos que Obama sólo podía y puede expresar una forma de emoción intelectual como la indignación o la empatía. Es por eso que Obama fue a menudo criticado, con razón, por su aridez emocional. El convencimiento verdadero supone emociones cálidas: la compasión, la simpatía y el cariño. Pero todo eso es objeto de otra investigación.

Recibido en octubre de 2009
Aprobado en junio de 2010